



COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

En los Tiempos de Esperanza Iris

No fué ciertamente al hacer María o Esperanza Bofil su primera presentación en La Habana, cuando Esperanza Iris, que tal era el nombre artístico de tan hermosa tiple cómica, convirtiéndose en ídolo del público capitalino, a pesar de haber interpretado entre otras piezas del fecundo género chico la popular creación de Jackson Veyan: "La Gatita Blanca", que años más tarde constituyera el gran éxito de María Conesa en "Albisu".

Las grandes e indiscutibles condiciones histriónicas de Esperanza Iris, bella y simpática mujer, habrían de revelarse de manera clamorosa entre los habaneros al estrenar, en su segunda visita a ésta "siempre fiel ciudad", all; por los años de 1909 ó 1910, esa joya del género operático debida a la inspiración de Frank Lehar que ha dado la vuelta al mundo en casi todos los idiomas con su nombre original de "La Viuda Alegre".

Efectivamente. Las escenas picarescas para aquel entonces y las dulces melodías que habían servido para hacer resucitar un género teatral que ya se creía olvidado resultaron el campo propicio, bajo la tutela artística de su esposo, el ya retirado tenor cómico cubano Miguel Gutiérrez, para que Esperanza Iris iniciase su triunfal ascensión que había de concederle, sin discusión alguna, la áurea corona de Emperatriz de la Opereta.

—X X X—

"La Viuda Alegre" constituyó en La Habana, como ya había constituido en otras grandes capitales, un éxito teatral sin precedente y la sala de Albisu o de "Payret" se colmaba todas las noches de espectadores, ávidos de disfrutar de tan gratas veladas y las notas melodiosas de "Al restaurant Maxim", la canción de la Ninfa, las alegres del septimino, las amorosas de "La rosa temprana" y el célebre dúo del acto final se repetían después de boca en boca por calles y avenidas, mientras organillos, pianos y pianolas contribuían a su incontenible popularidad.

No solamente fué Esperanza Iris quien se convirtió en ídolo del público de esta urbe. Modesto Cid, joven baritono de escasa voz pero de gallarda figura llegó a adquirir la seductora personalidad del Conde Danilo y lo mismo sucedió con Josefina Peral, intérprete de la coqueta Vealencienne y con Amadeo Llauradó que animaba el conquistador Rosillon.

La entusiasta acogida de "La Viuda Alegre" abrió de par en par las puertas del triunfo a "El Conde Luxemburgo", "Sangre de artista", "Aires de Primavera", "La Princesa del Dólar", la admirable "Eva" y la presentación de cada una de esas obras de origen vienés se convertían en un florón más de la corona de Emperatriz que ceñía a sus sienas la sin rival tiple mexicana.

Reclamada por otros públicos, Esperanza Iris tuvo que abandonar esta ciudad, mas su ausen-

cia física no era suficiente para borrar en la mente de los espectadores habaneros el recuerdo de su labor en ese género frívolo de difícil frivolidad. Y su regreso, con objeto de ofrecer una nueva temporada, no se hizo esperar quedando desde entonces establecida entre nosotros la costumbre de las temporadas de la Iris, avaladas siempre por el estreno de otras producciones similares. Y aunque la Peral y Llauradó fueron durante muchos años sus grandes figuras auxiliares, no sucedía así con los baritonos que fueron alternados con frecuencia y de ese modo tuvimos oportunidad de admirar entre otros, a un Juanito Palmer y a un Enrique Ramos que a nuestro juicio resultó ser el más apropiado intérprete de esos personajes de la opereta vienesa.

La Iris en cada visita continuaba adueñándose de la simpatía y el afecto del público habanero que llegó a sentir por su ídolo tal devoción que la aclamaba aunque en ocasiones tratara de hacer excursiones por campos artísticos no apropiados para sus facultades. Y por esa razón era ovacionada cuando trataba de dar vida a la "Betina" de "La Mascota", obra francesa de Auber; al recitar con fingida ingenuidad los versos de la "Doña Inés" del "Tenorio" y lo que es más aún, intentando emular en el "Jorge" de la zarzuela "Marina" las glorias alcanzadas por un Jaime Mateu o un José Limón.

—X X X—

En noches memorables, la "Iris" después de la representación de la opereta, como "fin de fiesta" se adelantaba al proscenio para narrar con graciosa familiaridad infinidad de cuentos de "peladitos" mexicanos y en dicha labor, a requerimiento del respetable, transcurrían minutos tras minutos. Si esa función era de despedida de temporada, las ovaciones y las exclamaciones de "No te vayas" se multiplicaban de manera hiperbólica, mientras Esperanza desde la escena, enviaba besos al monstruo de cien cabezas y a sus ojos se asomaban lágrimas de emoción. Las despedidas de la Iris se hicieron célebres en estos lares.

Los años implacables, obligaron un día a la sin rival Emperatriz de la Opereta a dejar el escenario de sus actividades triunfales y a abandonar su corona que ciertamente aún no ha encontrado otras sienas a que ceñirse, pero hace algunos meses, con motivo de una entrevista que le hicimos ante las cámaras de Televisión tuvimos oportunidad de comprobar que aún guardaba destellos de su pretérita grandeza al confesarle que nosotros, de jóvenes asistimos siempre a los teatros donde ella actuaba no solamente con objeto de solazarnos con su arte exquisito, sino también para admirar la belleza de sus mórbidas pantorrillas. —¡Pues todavía las conservo!— exclamó coquetamente Esperanza Iris, mientras en un gesto femenino se subía la falda de manera prudente para que los televidentes observaran que tanto ella como nosotros, teníamos razón.